

JOSÉ HERNÁNDEZ Y SU "INSTRUCCIÓN DEL ESTANCIERO"

Máximo Aguirre. 1972. Anales, S.R.A., Bs.As., 33-35.

www.produccion-animal.com.ar

Volver a: [Orígenes, evolución y estadísticas](#)

INTRODUCCIÓN

Al cumplirse el centenario de la aparición de la primera parte (1872) del poema de José Hernández "El gaucho Martín Fierro", la vida y la obra de su autor es nuevamente motivo de conferencias, ensayos, ciclos de difusión y toda suerte de comentarios. Posiblemente desde las primeras décadas del presente siglo en que Lugones, Leguizamón, Rojas y Tiscornia, entre otros, enfrentando la indiferencia de cierta intelectualidad, se dedicaron a destacar los valores de la obra hernandiana, consagrando al "Martín Fierro" poema nacional, pocas veces advirtiéndose como en esta oportunidad, un movimiento tan interesado en analizar, e incluso discutir, los alcances e intenciones del humilde folleto publicado hace cien años. Esta sola circunstancia, está revelando, sin duda alguna, sus méritos ya que solamente el hecho de haber traspuesto una centuria, acrecentando día a día su popularidad, está diciendo a las claras de su honda penetración en el espíritu y preferencias de un pueblo. Con su obra capital se revisa y comenta la vida del poeta, pródiga en sucesos reveladores de una existencia activa y apasionada, donde la política, no pocas veces vehemente de su tiempo, ocupa gran parte de su trajinar ciudadano.



José Hernández, autor de la "Instrucción del Estanciero".

Pero su pasión argentinista, rebalsando las agitadas instancias de la lucha política, supo darse treguas en medio de la polémica, para escribir su pensamiento progresista, su ideario federalista, su afán de justicia. Porque resulta evidente que el "Martín Fierro" es, sí, gran parte de José Hernández, pero no lo es todo. Si bien su obra magistral resume con las proporciones de un monumento gigantesco realizado con arcilla pampeana, parte de su propia vida que fue la de muchos de su temple y de su laya, del Hernández de la madurez pueden desglosarse páginas de singular valía a pesar de que Lugones, un tanto superficialmente, las haya calificado de simples "artículos de economía rural".



Chacra de Pueyrredón, en el partido bonaerense de San Martín, donde nació Hernández, hoy convertida en museo.

LA INSTRUCCIÓN DEL ESTANCIERO"

Quien hoy transite las páginas de la "Instrucción del estanciero", escritas por José Hernández en 1881 y dadas a la publicidad al siguiente año, podrá advertir cuán ligeras e ininformadas fueron las citadas opiniones del ilustre autor de "La guerra gaucha". Porque la "Instrucción" no es sólo un excelente tratado de "economía rural" -que no es poco mérito escribirlo con autoridad y utilidad- sino que, además, está, y bien se advierte, escrito por un poeta, un hombre que más allá del tema técnico que domina, se goza en la visión de ver a su patria convertida en "la nación más grande, más fuerte y más próspera del Continente Sudamericano", tal como lo expresa epilogando su libro.



Marca para ganado que perteneció a José Hernández

COMO LO ESCRIBIÓ

Quizá a pocos de nuestros escritores le venga mejor que a Hernández aquella sentencia del pensador y naturalista francés Buffon: "el estilo es el hombre"; porque todas las actitudes personales del autor del "Martín Fierro" corresponden a su estilo de vivir y escribir. Y si no veamos cuál es su actitud ante una circunstancia de carácter personal que, justamente, dio motivo para que escribiera su "instrucción del estanciero". Más, dejemos que sea su hermano Rafael, su primer biógrafo, quien lo cuente. "La autoridad incontestable que tenía en asuntos campesinos -dice Rafael Hernández- fue causa que el gobierno del doctor Rocha le confiara la misión de estudiar las razas preferibles y los métodos pecuarios de Europa y Australia, para lo cual debía dar la vuelta al mundo, siendo costeados por la provincia todos los gastos de viaje y estudios y rentado con sueldo de 17 mil pesos moneda corriente mensuales durante un año, sin más obligación que presentar al regreso un informe que el gobierno se comprometía a publicar. Tan halagadora se suponía esta misión -prosigue Rafael- que el decreto fue promulgado sin consultar al favorecido, quien al conocerlo por los diarios se presentó en el acto al despacho del gobierno rehusando tal honor. Como el gobernador insistiera que se necesita un libro que enseñase a formar las nuevas estancias y fomentar las existentes, le contestó (José Hernández) que para eso era inútil el gasto enorme de tal comisión; que las formas y prácticas europeas no eran aplicables TODAVIA a nuestro país, por las distintas condiciones naturales e industriales; que la selección de razas no puede fijarse con exclusiones por depender del clima y la localidad donde se crían y las variaciones del mercado, que, en fin, en pocos días, sin salir de su casa, ni gravar el erario, escribiría el libro que se necesitaba. Con tal efecto escribió "Instrucción del estanciero", que editó Casavalle y cuyos datos, informaciones y métodos bastan para formar un perfecto mayordomo o director de estancias y enseñarle al propietario a controlar sus administradores".

Cuenta luego Rafael Hernández que ante el rechazo del principesco viaje por parte de su hermano, la gira le fue ofrecida a él, quien tampoco aceptó -era entrañable el afecto que les unía- hasta que finalmente fue designada otra persona que, a juicio del gobierno, estaba en condiciones de escribir el libro requerido. "El viaje se zo -relata Rafael Hernández, en su "Pehuajó, nomenclatura de las calles" editado en 1896- el informe se imprimió en 5.000 ejemplares de 10 tomos, los gastos fueron fastuosos y puntualmente pagados ... más el resultado, previsto por Hernández, está lejos de competir con el de su libro criollo".

TODO UN HOMBRE

Este episodio de la vida de José Hernández, es, sin duda, revelador.

En primer término de su inalterable conducta de hombre público y privado. El era consciente de que un estudio de esa naturaleza, además de gravoso para las rentas públicas, iba finalmente a resultar inoperante en el medio que debía actuar. Pero, ¿quién puede permanecer insensible a las regalías de un viaje como el que le proponía el gobierno de la provincia?

Aquel que sostuviera en su obra genial que "con codicias no me mancho" permanecía, años después de expresarlo por boca del gaucho Martín Fierro, fiel a sus principios. Y en la vida de Hernández este no es el único rasgo revelador de su irrenunciable sentido de la ética y su honesta defensa del bien público. Por otra parte esa era la herencia que les había dejado el padre a los Hernández. Don Rafael, hijo de un acaudalado comerciante español, don José Gregorio Hernández Plata, desde joven hubo de ganarse la vida como resero -en el antiguo sentido que la palabra "resero" tuvo en la provincia de Buenos Aires, es decir, de comprador y vendedor de reses- hasta que fallecida su esposa, Isabel Pueyrredón, lleváse a sus hijos varones, José y Rafael, al campo. Junto al padre, conocedor profundo de las costumbres camperas, ambos muchachos adquirieron, con los conocimientos rurales la observancia de un tradicional código de hidalguía que fue blasón del hombre de nuestro campo. Más de diez años -de los 9 a pasados los 20- estuvo José Hernández junto al padre, tropeando con él, durmiendo sobre esa gran "cuja camera" del suelo pampeano, o "sacudiéndose el polvo sobre los bastos", como lo proclamara orgullosamente su gaucho Martín Fierro. Con sus condiciones de "observador fino y de criterio" como le dijera Mariano A. Pelliza en carta de 1878, José Hernández fue elaborando un conocimiento que habría de llevarlo a ser uno de los hombres más informados del ambiente campesino bonaerense y litoraleño de mediados del siglo XIX.

SU "INSTRUCCIÓN"

Toda persona vinculada a las actividades pecuarias de nuestro país advertirá recorriendo las didácticas páginas de la "Instrucción del Estanciero" de José Hernández, cuán extenso y profundo era el conocimiento que tenía su autor del tema tratado. Y aunque parte de los procedimientos recomendados hayan perimido -no en balde han transcurrido más de noventa años de su publicación- no dejará de reconocerse que muchos de sus consejos todavía pueden ser de utilidad para quienes están al frente de establecimientos dedicados a la cría del ganado vacuno, yeguarizo y lanar. Su conocimiento está presente en todos los detalles, como por ejemplo, aquel referente a los planteles de mulares cuando expresa que la mula tiene la propiedad singular de quitarles los potrillos a las yeguas. Es cariñosa con ellos, los busca, los acaricia hasta que consigue hacerse seguir y como no tiene qué darles se les mueren". O cuando observa, refiriéndose al cuidado de los puesteros con los lanares: "Si hay cardales, debe hacer en ellos sendas para que las ovejas salgan al grito. La oveja es de muy buen oído estando llena". Y aunque ya se haya prácticamente perdido la costumbre del acarreo de hacienda vacuna a pura uña animal. -¡Oh!, los heroicos tiempos del acarreo por tierra!- no podemos eludir la tentación de transcribir algunos párrafos del libro de Hernández relacionados con este trabajo, este oficio -el más macho al decir de Güiraldes- tan estrechamente vinculado al hombre de nuestro campo. A propósito de la manera correcta de arrear al vacuno, dice que sólo el capataz deberá usar arreador. "El peón arrea con el silbido y el grito de costumbre. Esto «del grito», diremos de paso, tiene también su mecánica". Y agrega poco más adelante: "En la frontera del Estado Oriental y Río Grande, campos montuosos y de serranías, los rondadores de hacienda prestan mucha atención a la clase de gritos que ha de emplearse arreando y especialmente rondado ganado. Estos gritos son únicamente interjecciones en «a», «e», «o» y no emplean jamás las que suenan en «i», «u» porque ellos dicen que inquietan y alborotan a los animales". Finalmente Hernández anota lo que podría denominarse "decálogo" del capataz resero o acarreador como se le llamaba en aquellos tiempos. Afirma que arreando hacienda es donde se prueba el conocimiento del hombre de campo. "Es -dice- como el marinero en la tormenta".

EL HIJO DEL PAÍS

Pero no se piense por esto que el libro de Hernández sólo se expresa en anotaciones curiosas -sobre todo para los costumbristas de nuestro tiempo- como las que hemos, en parte, transcritas. ". . . todo los animales -dice- son de distinto paladar y tienen diferentes modos de comer. El vacuno es el menos delicado, come todos los pastos, pero prefiere siempre los más altos, como que al comer lo hace envolviéndolos con la lengua. El yeguarizo es delicado, tiene un olfato muy fino y percibe el olor del agua y del pasto tierno de mucha más distancia que el ganado vacuno". Y en seguida describe la manera de comer de la oveja que "generalmente saca la raíz" del pasto, no así el carnero que "agarra el pasto más arriba y no pega tirón para arrancarlo como hace la oveja".

Desde el cuidado del vacuno, cría, engorde, marcación, enfermedades, etc., hasta el tipo de construcción rural aconsejable para aquel tiempo; desde la mejor manera de tratar la corambre hasta el conocimiento de los pastos buenos y malos, nada escapa al enfoque de este meduloso trabajo del autor de "Martín Fierro". Pero hay algo que merece comentario especial y es la parte, diremos, humana del libro; la que se refiere al personal de un establecimiento de campo. Aquí Hernández vuelve a ser Martín Fierro -nombre con el cual se le identificaba al extremo de llamársele, ya siendo parlamentario, el "senador Martín Fierro"- porque reclama para "el hijo del país" un trato que lo redima de su condición de paria -"raza desheredada por nosotros mismos", diría por aquellos años Santiago Calzadilla. En uno de los capítulos de su Instrucción" sugiere la formación de colonias con hijos del país, sustrayéndolos de esa manera a las desviaciones que el ocio, muchas veces forzoso, condenaba al criollo tan apto y esforzado para las labores ganaderas. Pide que, por lo menos se le otorguen las facilidades dadas al inmigrante y

no se le condene al sacrificado servicio de frontera o a matrear entre los pajales. "Ningún país es rico si no se preocupa de la suerte de sus pobres", expresa, anticipándose en cierta manera a los sociólogos de medio siglo después. Y quien tal sostenía no era un demagogo ni un resentido.

Superados los años difíciles, José Hernández cuando escribe su Instrucción del Estanciero" es senador y estanciero él mismo. Es que su permanente contacto con la campaña le ha llevado a ver no solamente sus posibilidades de explotación agropecuaria sino también las posibilidades del "hijo del país", como denomina generalmente al criollo, de creársele las condiciones ambientales y de justicia que diez años atrás reclamara para la sufrida raza de Martín Fierro. Mas adelantándose a quienes pudiesen ver en su actitud una posición xenófoba contraria a la inmigración, expresa renglones más abajo: "No se crea por esto que miramos con prevención al elemento extranjero; no, muy lejos de éso; conocemos su influencia en el progreso social y si el país pudiera ofrecerle mayores beneficios creemos que debería hacerlo, para acelerar la provechosa obra de la colonización. Bienvenidos sean los obreros del progreso".

Tal, a rasgos sumarios, este poco conocido libro de José Hernández, cuya obra monumental empequeñeció, es cierto, todo lo escrito por él antes y después de la aparición de "El Gaucho Martín Fierro". Son sí "páginas de economía rural" como decía Lugones, pero, que sin duda fueron muy útiles en su tiempo en mérito a la gran versación de Hernández en la materia y lo seguirán siendo en razón del espíritu argentino y generoso que la anima, que es precisamente lo que más pervive de esta obra acorde, por otra parte, con la vida toda de su autor.

[Volver a: Orígenes, evolución y estadísticas](#)